

LA OBRA POÉTICA DEL PRÍNCIPE DE ESQUILACHE

Los manuales de Historia literaria española suelen dedicar una breve noticia a la obra poética de don Francisco de Borja, Príncipe de Esquilache (1581-1658), sin detenerse en su análisis y significación. Para nosotros, ha pasado a ser un poeta menor entre los muchos del Siglo de Oro, en contraste con la altísima estimación en que le tuvieron sus contemporáneos. Fue amigo de Lope de Vega, Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola, Pérez de Montalván, Cervantes, y de cuantos significaban algo en las letras; tuvo extensa correspondencia literaria con escritores y magnates; escribió poesías que figuran en los elogios preliminares de muchos libros, y a su vez numerosos autores le dedicaron versos encomiásticos; su dictamen en materia literaria era muy apreciado y, en fin, las menciones de sus obras son tan frecuentes, que no hay duda en que sus contemporáneos le consideraron como un poeta de primer orden. El prestigio de Esquilache continuó vivo en el siglo XVIII: Sedano publicó poesías suyas en los tomos 4º, 8º y 9º de su *Parnaso español*, incluyéndolo hiperbólicamente entre los nueve grandes líricos de España, al lado de Garcilaso, fray Luis de León, Lope de Vega, los dos Argensola, Quevedo, Rebolledo y Villegas. Masdeu imprimió en Roma, 1789, una selección titulada *Poesie di ventidue autori spagnuoli del Cinquecento*, texto castellano y versión italiana; en ella está representado también Esquilache¹. En el mismo siglo aparece una *Colección de poesías castellanas extrahidas de los más célebres escritores españoles*, de la cual se conoce la segunda edición, impresa en 1800². Figuran en esta colección Garcilaso, Francisco de Borja (Príncipe de Esquilache), Francisco de Figueroa y Quevedo. Tal estimación, notoriamente excesiva, decae en el siglo XIX: la *BAE* insertó sus obras en los tomos 16, 29 y 61; pero en verdad son pocos los que las leen en nuestro tiempo. Del siglo actual no conozco más que una breve *Antología poética*, con prólogo de A. Ureta y selección de M. Cristóbal, publicada en Madrid, 1941.

No me propongo en el presente artículo reivindicar la gloria de

¹ Da noticias de ella J. SIMÓN DÍAZ, *Bibliografía de la literatura hispánica*, t. 4, núm. 46.

² *Op. cit.* en la nota anterior, t. 4, núm. 2620.

este escritor medio olvidado. Si bien fue desmesurada la admiración de que gozó durante los siglos xvii y xviii, lo es también la indiferencia con que hoy se le considera. Es probable que a su prestigio contribuyera la noble alcurnia de don Francisco de Borja, Príncipe de Esquilache, descendiente de Alfonso V de Aragón, y los altos cargos que desempeñó en la corte de Felipe III y Felipe IV. Mantuvo estrecha relación y correspondencia literaria con la más linajuda y antigua nobleza, como el Conde de Lemos y los Duques de Lerma, Osuna y Alba. Llama la atención que no aparezca en sus versos ni una sola mención del Conde-Duque de Olivares, cuando tanto abundan entre los escritores de su tiempo las aduladoras alabanzas al omnipotente privado de Felipe IV. Todo hace pensar que Esquilache, como la mayoría de los representantes de la antigua nobleza, miraba al Conde-Duque como un advenedizo que se había apoderado de la débil voluntad del monarca, y mantuvo siempre con el valido la fría y estricta relación oficial que le imponían sus cargos palatinos. En los poemas de Esquilache son frecuentes las sátiras contra la corrupción social y política; pero el autor sabe mantenerlas en elevado tono didáctico-moral, sin que nadie pudiera considerarse directamente aludido. Sin embargo, sus censuras políticas son tan frecuentes y vivas, que difícilmente hubiera podido librarse de la persecución del Privado si la nobleza de su estirpe y la profunda y sincera amistad que el Rey le profesaba no le hubieran protegido. No me atrevería a afirmar, por falta de datos, que don Francisco de Borja participara en las intrigas palaciegas que precipitaron la caída de Olivares; pero no hay riesgo en suponer que, por lo menos, la vio con gusto, y quizás con la esperanza de que se remediaron los males que tanto había fustigado desde un plano general de moralista.

No son difíciles de explicar los motivos del desvío con que ahora se tratan sus obras poéticas. Esquilache, nacido y educado a fines del siglo xvi, desarrolló su obra literaria en el xvii, sin participar más que superficialmente en las corrientes artísticas del barroco. Es peculiar de nuestro tiempo la revalorización del barroco en todas sus manifestaciones (el Greco, Góngora, Quevedo, Gracián), y las historias literarias nos han acostumbrado a oponer en bloque el espíritu dominante del siglo xvii al puro clasicismo del xvi. La Historia tiende a llevar a la consideración del pasado grandes ideas sintéticas que, al hacer resaltar las diferencias entre unas épocas y otras para definir su carácter, simplifica su visión y olvida la continuidad como factor operante en el acontecer histórico. Al encontrar un escritor como Esquilache, que en pleno siglo xvii prolonga la manera literaria de Garcilaso, fray Luis de León, Francisco de la Torre y los Argensola, lo mira como un espíritu rezagado que vive fuera de su tiempo. Sin embargo, cuanto más se ahonda en la poesía del Siglo de Oro, más claro se ve que el culteranismo y el conceptismo

no anularon la poesía anterior; no hicieron más que extremar sus temas y formas de expresión, y por esto convivieron sin excluirse. Dámaso Alonso nos ha presentado a Quevedo como cultivador del más puro petrarquismo; José Manuel Blecua ha hecho ver cuán arbitraria es la creencia, que viene repitiéndose en los manuales, de unos Argensola como corifeos de una reacción antigongorina y restauradora del clasicismo renacentista. Aun las mismas polémicas en torno al culteranismo, en las cuales participó Esquilache³, demuestran hasta qué punto se apoyaban todos los escritores coetáneos en supuestos comunes. Pero se comprende muy bien que la crítica del siglo xx —contra lo que pensaron los contemporáneos de Esquilache— se desinterese por un poeta que ofrecía pocas novedades en comparación con el afán novedoso a ultranza de los autores que ahora estimamos como más representativos de su tiempo.

No se ha hecho, que yo sepa, un estudio detenido de la vida y obras de Esquilache. Es probable que los archivos del Perú, donde fue virrey (1615-1621), guarden documentos de interés biográfico⁴, y también el Archivo de Indias de Sevilla. Parece seguro que en Simancas debe de haber documentos relacionados con ese personaje de tan notorio relieve social. Esquilache recopiló sus versos en la edición publicada en Madrid, 1648, de la cual trataré a continuación, reimpresa con adiciones importantes en Amberes, 1654 y 1663. Puede afirmarse que compuso otras poesías que no figuran en las ediciones mencionadas, bien por extravío, bien por no considerarlas el autor dignas de la imprenta⁵. Una búsqueda cuidadosa en las antologías manuscritas y en los preliminares de libros impresos contemporáneos aumentaría el catálogo de sus poemas. Creo, sin embargo, que tales hallazgos probables, aunque tuviesen algún interés

³ Abundan en sus obras las alusiones a la oscuridad cultista, por ejemplo en el soneto 135 de la primera edición, que termina así: "¿Quién te parló tan fieras necesidades? / Que tú no las entiendes, aunque rondes / la noche de las cultas Soledades". En el prólogo al poema *Nápoles recuperada* defiende Esquilache sus principios artísticos, y protesta contra la *afectada confusión* de los poetas "que escriben con oscura novedad, queriendo ser admirados y no entendidos".

⁴ RICARDO PALMA en sus *Tradiciones peruanas* (3ª serie) cuenta una graciosa anécdota titulada "Aventura del virrey-poeta". B. J. GALLARDO, *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, t. 2, pp. 111-117, da noticia de una *Relación que el Príncipe de Esquilache hace al Sr. Marqués de Guadalcázar sobre el estado en que deja las provincias del Perú*. Para quien se interese en estudiar la biografía de nuestro autor añadiré que el nombramiento para el virreinato del Perú venía preparándose en Madrid desde fines del año 1613, según el cronista LUIS CABRERA DE CÓRDOBA, *Relaciones de las cosas sucedidas en la corte de España desde 1599 hasta 1614* (ed. Madrid, 1857, p. 543): "11 Enero, 1614. De cada día se espera que se publiquen el gobierno del Perú en el Príncipe de Esquilache, y el de Valencia en otro título".

⁵ Véase una nota de GÓMEZ OCERIN sobre algunas de estas composiciones inéditas en *RFE*, 5 (1918), p. 299.

bibliográfico y quizás biográfico, no añadirían nada importante a la valoración de su obra poética, que en su mayor y mejor parte se halla reunida en las ediciones arriba citadas.

La primera edición de las *Obras en verso de don Francisco de Borja, Príncipe de Esquilache*, fue impresa por Diego Díaz de la Carrera, Madrid, 1648, cuando el autor tenía ya 67 años de edad. No tenían prisa los escritores de entonces, ni el sentido de la propiedad literaria estaba entre ellos tan desarrollado como entre nosotros; la transmisión manuscrita era más que suficiente para asegurar la fama de los poetas: Los versos de fray Luis de León y de Quevedo se popularizaron en seguida, pero sólo fueron dados a la imprenta en ediciones póstumas; los Argensola no imprimieron en vida más que una parte de sus obras, tan conocidas y estimadas, sin embargo, por sus contemporáneos. Ya en los umbrales de la vejez se decidió Esquilache a recopilar sus *Obras en verso*, y obtuvo para ello, en 1639, la aprobación y la censura que figuran en la edición *princeps*; pero el libro no salió impreso hasta 1648, según consta en la portada y en el colofón. Los nueve años que mediaron entre los documentos oficiales para imprimir el libro y la fecha de su impresión hicieron pensar a algunos bibliógrafos en la existencia de una edición anterior. Así lo creyeron Sedano, La Barrera y Rosell⁶; esta confusión pasó a otros críticos, entre ellos Menéndez Pelayo y Ludwig Pfandl⁷. Palau, en su *Manual del librero hispanoamericano*, dice con acierto que mientras esta supuesta primera edición no sea confirmada con la aparición de ejemplares, hemos de considerar como *princeps* la de 1648. Hay que añadir que un número crecido de las poesías que la edición de 1648 contiene, alude a sucesos históricos de fecha posterior a 1639. Tales son, por ejemplo, los sonetos 25 y 26, dedicados a la sublevación de Portugal, que comenzó en 1640; dos sonetos y una elegía a la muerte del príncipe Baltasar Carlos, ocurrida en 1646; una silva y dos sonetos en que se celebra el socorro de Lérida (entre 1644 y 1647) durante la guerra de Cataluña⁸. Estas composiciones y otras fechables sin duda después de 1639, dan la convicción de que el autor, teniendo ya el manuscrito aprobado por la censura, fue retrasando la publicación y añadiéndole versos nuevos, hasta que lo dio por definitivamente terminado y salió impreso en 1648.

⁶ Cayetano Rosell en el prólogo al tomo 29 de la *BAE*.

⁷ MENÉNDEZ PELAYO, *Horacio en España*, ed. Madrid, 1885, t. 1, p. 92, cita la edición de Esquilache impresa en Amberes, 1654; por la fecha de la aprobación y la censura (1639) supuso que éste fue el año de la primera edición. Lo mismo hizo L. PFANDL, *Historia de la literatura nacional española del Siglo de Oro*, Barcelona, 1933, p. 540.

⁸ Dedicué a ello un artículo titulado "Poesías del Príncipe de Esquilache referentes a Lérida", en la revista *Ilerda*, 1947, pp. 29-39.

Por si estas razones fueran pocas, las *Obras en verso* se reimprimieron en Amberes, 1654, como queda dicho. En el prólogo dice el editor: "Aquí tienes, amigo lector, la segunda edición, muy añadida, de las excelentes obras del Exmo. Sr. Don Francisco de Borja. . ." Si ésta fue la *segunda edición*, la primera es la de Madrid, 1648, y no hay otra anterior. Existe todavía otra edición de Amberes, 1663, en la cual se insertan nuevos versos que fueron entregados al editor después de la muerte de Esquilache⁹.

También en el poema heroico *Nápoles recuperada por el Rei don Alonso*, las censuras y la licencia para el reino de Castilla datan de 1649; las del reino de Aragón están fechadas en 1651, año de su primera edición, impresa en Zaragoza, en el Hospital Real y General de Nuestra Señora de Gracia. En el prólogo dice Esquilache: "Y aunque se imprime ahora, ha muchos años que está escrito y visto por personas que se pudieron aprovechar de lo que yo primero tenía trabajado en él". Nuestro autor cumple en todo el precepto horaciano de no apresurarse en publicar sus obras. Reiteradamente nos habla de su aspiración a "vivir despacio". El soneto 118 glosa el tema del *Beatus ille*:

Dichoso el que sus años ha pasado
En solitario campo en propia casa. . .

y termina:

Si vida sobra al que vivió de espacio.

En una de sus epístolas en tercetos (p. 231) desprecia el tráfigo presuroso de la Corte y alaba la quietud campesina¹⁰:

No hay más fortuna que vivir de espacio.

Horaciana fue la educación de Esquilache. Compuso una traducción de la Oda 5³ del libro II, *Nondum subacta*, que Menéndez Pelayo, tan conocedor del poeta romano y exigente con sus traductores, no vacila en calificar de "buena", y cita para demostrar su dictamen dos estancias de ella. Es la canción (p. 316) que comienza:

En cerviz no domada
el duro yugo resistir no puede.

En el tono general de su inspiración lírica, pocas veces original en sus temas pero siempre depurada en la forma, el lector revive la influencia constante del Horacio de las *Odas*, y más aún de las *Epístolas* doctrinales y de las *Sátiras* apacibles¹¹.

En el prólogo al poema heroico *Nápoles recuperada*, hace Es-

⁹ Las dos ediciones de Amberes fueron impresas en la Imprenta Plantiniana de Baltasar Moreto.

¹⁰ Cito siempre por la primera edición, tanto de las *Obras en verso* como de *Nápoles recuperada*. En las citas modernizo la ortografía.

¹¹ He aquí el juicio de MENÉNDEZ PELAYO (*op. cit.*, t. 2, pp. 95-96) sobre

quilache profesión de fe horaciana; y los censores de la edición alaban el perfecto ajuste del poema a los preceptos clásicos que para la épica dio la *Epistola ad Pisones*. Sin embargo, el modelo que deliberadamente se propuso imitar fue la *Eneida*, como era de rigor en la épica culta del Renacimiento, con reminiscencias sueltas de Camoens y del Tasso, y el recuerdo dantesco de la barca de Caronte, que transportaba las almas a las regiones infernales (canto II). Como la *Eneida*, divide la *Nápoles recuperada* en doce cantos casi de igual extensión. Las menciones directas de Virgilio son muy numerosas (por ejemplo, en las pp. 28, 84, 242, 363), y más todavía las situaciones, imágenes y frases sugeridas por la *Eneida*, y a veces calçadas en ella.

Ciertamente el poema heroico de Esquilache no merece el juicio despectivo de Rosell en el prólogo citado. Claro es que el lector moderno se impacienta ante las largas tiradas de octavas reales, de acción lenta y cierta monotonía que sólo lograron superar a veces algunos poetas geniales, en contados pasajes. Pero en su género y en su época, *Nápoles recuperada* es de los poemas heroicos más fácilmente soportables hasta el fin. Tiene además la ventaja de ser relativamente breve, comparado con la extensión de casi todos los demás. En su inspiración, los valores líricos y descriptivos son muy superiores a los propiamente épico-heroicos. Abundan las bellas descripciones trazadas con fino sentimiento de la naturaleza, sofrenado por la ponderación del más puro clasicismo. Alguna vez, la pompa ornamental barroca se le impone, a pesar de su gusto y de su actitud teórica contraria al gongorismo. Véase, por ejemplo, en la estrofa 16 del canto primero, la descripción de una batalla naval:

Apenas entre el humo y el estruendo
oír pudieron la postrera seña,
cuando las blancas alas descogiendo,
camino el mar a su valor enseña;
y la vagante selva, dividiendo
mudables campos, el favor la empeña

la lírica de Esquilache: "Poeta —dice— menos genial que Villegas, pero más correcto, y discípulo como él de Bartolomé Leonardo de Argensola. Diez son sus *Cartas* en tercetos. En la primera reproduce, con menos nervio, las diatribas de su maestro contra la vida de la corte. La segunda es *de re litteraria* en su primera parte, y de alabanzas de la vida del campo en la última. Tampoco los argumentos de las demás ofrecen novedad grande ni la ejecución méritos particulares, como no sea una pureza de estilo desusada en su tiempo. Algunas de sus canciones son un tanto horacianas, sobre todo las que empiezan: «Cloris, alegre el año / rompió a sus días la prisión molesta. . .» [p. 283], «Estas flores, Belisa, / que advierten su peligro a tu hermosura. . .» [p. 281]. Entrambas pertenecen a la escuela de Francisco de la Torre". He transcrito por extenso esta cita de Menéndez Pelayo, porque además de ser certera es la única crítica original y personalmente elaborada que se ha escrito en nuestra época, aunque sólo se refiere a una parte de las obras de Esquilache.

del blando viento a penetrar las olas,
lisonjas de las playas españolas.

La armazón narrativa del poema, relativamente sencilla, está empedrada de episodios líricos en los que se desarrollan lances singulares, mitologías, tiernos amores y situaciones, desgajados del asunto principal, y que son, sin embargo, de mejor calidad poética que los trozos épicos. En algunos casos hallamos descripciones de indumentaria y edificios, y relatos de desafíos, trazados con un lujo imaginativo que parece un eco lejano del Ariosto. Esquilache era sobre todo un poeta lírico, con habilidad notoriamente inferior para el género épico-heroico. Los *Anales* de Zurita, y las crónicas y relatos familiares de su antepasado Alfonso V de Aragón, le dieron el soporte narrativo necesario para articular el poema.

En su obra lírica, la reflexión y la imaginación dominan al sentimiento. Pocas veces hace vibrar la sensibilidad del lector de hoy; pero siempre dice algo al entendimiento y a la fantasía. Para definir el tono general de su espíritu y de su arte, yo vería a través de sus versos una mente aristocrática y algo escéptica, que vivía en la brillantez dorada de la corte sin creer demasiado en su esplendor. Fuera de la persona del Rey —siempre sagrada para todos—, la vida cortesana no era más que una aparatosa ficción:

En medio de Madrid vivo remoto
de cuanto engendra y pare su insolencia
con popular y bárbaro alboroto.

Y no es afectación ni diligencia,
sino severa ley con que me niego
en todos tiempos la vulgar licencia. . .

Con que es error de muchos se consuelan
los semi-rationales cortesanos,
que en ser enjertos brutos se desvelan (p. 242).

Al tema trillado del “menosprecio de corte y alabanza de aldea”, tan abundante en el siglo XVI, añade nuestro poeta del XVII el pesimismo ante la decadencia política de España y el *desengaño* de las vanidades mundanas, que tiñen con tonos sombríos a los escritos barrocos. El ejercicio de las musas, que quizá comenzó en él como un pasatiempo elegante de sus ocios, va derivando hacia un afán de soledad y apartamiento en medio de la corte fastuosa en que le tocaba vivir (*Versos humanos*); y luego el progresivo y consolador refugio religioso de los *Versos divinos*. Todo ello expresado con pulcra elegancia formal, sin gritos de pasión ni dislocaciones ingeniosas de estilo.

SAMUEL GILI GAYA

Madrid.